

PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID

	Ptas.	Cts.
Un mes.....	1	>
Un trimestre.....	2	50
Un semestre.....	5	>
Un año.....	10	>

PROVINCIAS

Tres meses.....	3	>
Seis.....	5	50
Un año.....	10	>
Extranjero y Ultramar.	5 pesos	

CORRESPONSALES

25 números de EL Mo		
TIN.....	2	50
Idem del SUPLEMENTO.	>	75

NÚMERO DE EL MOTIN

15 céntimos.



ADMINISTRACION

SAN BERNARDO, 94, PRIMERO DERECHA

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los librereros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100.

La correspondencia al Administrador del periódico.

Centros de suscripción: En Madrid: librería de los Sres. Hijos de Fé, carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6.

Habana: D. José Pozo, Obispo, 32.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

ASESINATO DEL OBISPO DE MADRID

Poco después de las diez de la mañana del domingo 18 del actual, llegaba en coche a la puerta de San Isidro el obispo Sr. Martínez Izquierdo, acompañado de sus familiares.

Adelantándose unos dos pasos a sus acompañantes, subió las gradas de la portada, cuando al llegar a la penúltima acercósele un sacerdote que, sacando un revólver, disparó sobre él a boca de jarro.

El prelado lanzó un ¡ay! lastimero y cayó sobre el último peldaño. El asesino hizo otros dos disparos sobre su víctima, ya en tierra.

Repuestos del natural pavor los circunstantes, varios levantaron al prelado, casi exánime, y lo condujeron a las habitaciones de la coleduría de la Catedral.

Dos vigilantes vestidos de paisano se apoderaron del asesino, y una pareja de orden público lo condujo en un coche a la prevención de la calle de Juanelo.

Allí parece que se reprodujo la reacción en su espíritu, y comenzó a llorar copiosamente, exclamando:

«Dios mío, perdonadme. Yo no soy criminal. Yo había sido cruelmente ofendido y perjudicado; me había arrojado a los pies de mi superior y su negativa a lo que yo juzgo que es un acto de justicia, me ha exasperado y perdido.»

Las heridas del prelado eran de tal gravedad que falleció el día siguiente a las 5 y 18 minutos de la tarde.

Habiendo dado la prensa diaria numerosos detalles sobre el hecho, estado del Sr. Martínez Izquierdo y encarcelación del asesino, vamos a limitarnos a recoger las noticias biográficas de éste:

El presbítero D. Cayetano Galeote y Cotilla, es natural de Velez-Málaga, de 45 años de edad, alto, moreno, enjuto y de complexión nerviosa; sordo, de carácter vidrioso, sombrío y vehemente.

A su regreso de Puerto-Rico, donde parece que vivió cinco años, estuvo adscripto en una parroquia de Velez-Málaga; pero a causa de su defecto físico se vió sin colocación y se vino a Madrid en busca de medios de subsistencia.

En dicha ciudad viven su padre, anciano de 86 años y seis hermanos.

Estuvo encargado de la misa de doce en la capilla del Cristo de la Salud, de esta corte, dejando de decirlo hace poco más de dos meses, a consecuencia de una cuestión con el rector de la misma, Sr. Vizcaino.

Vivía en la calle Mayor, 61, 3.º, en compañía de una señora de unos 33 años; casa próxima a la del callejón del Infierno donde vivió el regicida cura Merino.

Este cura es el mismo que hará unos dos meses solicitó en los periódicos una portería para poder vivir.

ANTECEDENTES

Dos días antes de cometer el crimen el presbítero Galeote, llevó a las redacciones de *El Progreso*, *El Resumen* y *La Fé* un cuaderno

manuscrito, en cuya cubierta se leían estas palabras:

Asuntos del presbítero Don Cayetano Galeote.

El contenido de los tres era idéntico, y encerraba los 24 documentos que a continuación insertamos, copiados al pie de la letra los de más importancia, y extractados los otros; documentos que los tres periódicos han entregado al juez instructor.

1.º (Fecha de 9 de Diciembre de 1885.) Carta dirigida al presbítero D. Nicolás Vizcaino, rector de la capilla del Santísimo Cristo de la Salud, en la que se lee:

«No permitiendo mi carácter y dignidad tolerar más la extraña é injustificada conducta que hace algún tiempo observa usted conmigo, me obliga a decirle, que espero tenga usted presente que soy tan sacerdote como usted, tengo más años que usted y más servicios que usted, y que poseído como estoy de haber llenado hasta hoy mis deberes en la capilla de su cargo, y los de gratitud por los beneficios que de usted he recibido, correspondo con el cariñoso respeto que me es debido, y caso que involuntariamente hubiera incurrido en alguna falta, no puedo permitir otro correctivo que una fraternal y cariñosa admonición, y si el caso lo requiere, dar conocimiento a la superioridad, y recíprocamente expondremos las causas ó motivos en que se funde nuestra resolución.»

2.º (17 Enero de 1886) Espera del mismo señor Vizcaino «que no dé cuenta de los disgustos surgidos entre ambos en la Junta general que debía celebrarse aquel día, no solo por ser ajenos a ella, sino en consideración a que él no puede defenderse en el acto.»

3.º (17 Enero.) «Ruega al presidente y tres señores de la congregación del Santísimo Cristo de la Salud, que suspendan todo juicio sobre los disgustos, sometidos ya a «la sabia resolución» del prelado, surgidos entre él y el rector, caso de que este hablare del asunto en la Junta, pues para ser justo el juicio, se hace necesario oír a ambas partes.»

4.º Instancia de 18 de Enero de 1886, dirigida al prelado de Madrid, comunicándole que el rector de la ya citada capilla le había verbalmente despedido, negándose a darle por escrito la orden, y suplicando a S. E. que no permitiera tal separación sin informarse del asunto, confiando en su conciencia, rectitud y justicia.

5.º Reproducción de la misma instancia el 19 de Febrero, con la siguiente adición:

«Como quiera que hasta el presente no se le ha notificado al exponente la sabia resolución de V. E. I., ni se le ha dado, moral ni materialmente, reparación alguna, acude nueva y humildemente a V. E. I. suplicándole se digne resolver la expresada solicitud, a fin de que el exponente salga de su precaria situación.»

6.º Carta de 22 de Febrero al prelado, diciéndole que le habían ocurrido cosas extraordinarias desde la última vez que tuvo la honra de hablar con él.

«He estado, añade, más de veinte días siendo inútil para obtener destino por mi falta de oído, y en veinticuatro horas ya sirvo para todo. Señor, en conciencia sólo sirvo para sacristán mayor de una parroquia, destino que me parece, por lo que he observado, fué el que V. E. I. designó sabiamente se me diera.»

7.º Carta de 27 de Febrero al cura de la parroquia de Chamberí, suplicándole que le dijera, para resolver de un todo la aceptación que en principio hizo de la tenencia de cura de la misma parroquia, si este destino obedecía a una orden del dignísimo prelado. Además, si prestaria sus servicios en la iglesia ma-

triz, en alguna auxiliar, qué días y horas le correspondía estar de guardia, y si tenía casa.

8.º Carta de 1.º de Marzo al secretario del obispo, diciendo que extrañaba el ofrecimiento que le había hecho el párroco de Chamberí de la tenencia de cura, cuando había manifestado al obispo que sólo servía, por su falta de oído, para sacristán mayor de una parroquia; que aceptó en principio el destino respetando el conducto de autoridad por donde se le había concedido; que el cura de Chamberí no había contestado a una carta que le había dirigido el 27 de Febrero; que insistía en que sólo servía para sacristán mayor de una parroquia; que si no se atendía a sus súplicas creía que todo cuanto se ha hecho y se hace en este enojoso asunto, va conducido a hacer ver y presentarme con la más poca caridad a los ojos de nuestro dignísimo prelado como un sacerdote imposible; que si esto era así, renunciaba a la reparación material que en justicia respetuosa y en todas las formas tenía pedida a la superioridad, no pudiendo hacer lo propio con la moral, que no sólo la suplicaba, sino la exigía a la mayor brevedad.—Esta carta fué certificada.

9.º Carta de 3 de Marzo a D. Juan Manuel Carús, diciendo que el sacristán no le había abonado los estipendios de la misa del día ni los correspondientes al anterior, no obstante haberlo solicitado en las mejores formas, por necesitarlo; que veía en esto un *quid* que no procedía de él, y que cobraría mensualmente, ó cuando se lo ordenasen al señor Carús.

10.º (Certificada).—Mi muy respetable prelado.—Madrid 8 de Marzo de 1886.

Agotados todos los recursos sin haber podido obtener reparación alguna a mi honra y dignidad ultrajadas, a pesar de las respetuosas súplicas é instancias hechas a V. E. I. además de las cosas extrañas que me han ocurrido, contrarias de un todo a la conciencia, rectitud y justicia, encaminadas todas, al parecer, con la más poca caridad a mi desesperación y ruina, tal vez bajo la infundada y errónea suposición de ser imposición mía, ó el recurso de ese virtuoso sacerdote enemigo mío de presentarme como un pobre sacerdote que no está en su juicio, costumbre de dicho sacerdote, mi enemigo, me veo obligado a poner en conocimiento de V. E. I., que pasada que sea la presente semana sin haber obtenido dicha reparación, quedo en libertad de acción de obrar según crea conveniente, y no podrán tener efecto retroactivo mis determinaciones, por más que sean contrarias a mis ideas y sentimientos.

Señor, daría mi vida por tener ocasión de probar a V. E. I. lo injusto del juicio que le han hecho formar de mí.—Espero se digne no considerar falta de respeto el elevar esta carta en sobre certificado a vuestra respetabilísima autoridad, sino la necesidad en que me encuentro de tener la seguridad que ha llegado a manos de V. E. I.

Por lo tanto, Excmo. é Ilmo. Señor, termino suplicando a V. E. I. se digne, si a bien lo tiene, resolver mis instancias y tener caridad, no de mí, sino de no amargar los últimos días de un anciano de ochenta y seis años, que es el padre de este su más humilde súbdito I. P. S. A. N.—(Firma).

11.º Mi muy respetable padre Gabino.—Madrid 8 de Marzo de 1886.

Pongo en su conocimiento que no habiendo obtenido reparación alguna, antes al contrario, han hecho comprender a mi dignísimo prelado que soy un sacerdote imposible, y que no estoy en mi sano juicio, me he visto obligado a mandar una carta al prelado manifestándole que, pasada que sea la presente semana sin haber obtenido dicha reparación, quedo en libertad de acción para tomar mis determinaciones, aunque sean contrarias a mis ideas y sentimientos.

Mas como a pesar de todo, dudo se resuelva cosa

Ayuntamiento de Madrid

alguna, creyendo muy equivocadamente que es im-
posición, creo un deber hacer á V. presente el senti-
miento que me causa verme obligado para vindicar
mi honra y dignidad, á hacer públicas cuantas cosas
me han ocurrido sin poder omitir su respetable nom-
bre y persona, á quien tanta gratitud, consideración
y respeto tengo.

Crea mi respetable P. Gabino en la sinceridad de
los sentimientos que le expresa su siempre agradeci-
do servidor y capellan Q. B. S. M.—(Firma.)

12.º Carta certificada de 12 de Marzo al secretario
del obispo de Madrid, diciéndole que se dignara pre-
cisarle el sentido de un oficio dirigido de orden del
prelado al Sr. Carús, recomendándole de un modo
indefinido en vez de la reparación pedida. Añadía que
la contestación era indispensable en todo el día si-
guiente al de la fecha, porque la crítica situación del
recurrente no permitía otra cosa, como le tenía dicho
á su dignísimo prelado.

13.º La misma carta, en 18 del citado mes, al
obispo, añadiendo estas palabras:

«Señor: Como esperaba, no he tenido contestación
hasta el presente. Puesto que V. E. I. se ha propues-
to precipitarme á la miseria, sea; pediré limosna ó
venderé periódicos si no encuentro otra ocupación
para ayudarme con la misa, caso de que V. E. siga
siendo tan caritativo conmigo que no me deje suspen-
so; pero no olvide V. E. I. que, tarde ó temprano,
cometeré un acto que confirme la falta de cordura,
recurso que con la mayor caridad adopta la Iglesia
sobre sus víctimas.—Queda á sus...—Presbítero.—
(firma).

14.º (Certificada).—Muy respetable prelado.—
Madrid 24 de Marzo de 1886.—Poseído como estoy
que V. E. I. persiste en dar torcida interpretación á
mis muchas y justas reclamaciones, hechas á su res-
petabilísima autoridad para obtener una reparación á
mi honra y dignidad ultrajada, creo todavía un deber
hacer presente á V. E. I. que pasado que sea el pre-
sente mes sin haber hecho justicia á mis reiteradas
súplicas é instancias, cesaré de celebrar y buscaré
ocasión de vindicarme del modo que pueda, porque
todo lo desprecio por la honradez heredada de mis
padres.—Su servidor y humilde súbdito.—(Firma).

15.º Carta al Nuncio Apostólico relatándole todo
lo ocurrido, añadiendo:

«Mas como quiera que á pesar de sus reiteradas
súplicas é instancias, no ha obtenido disposición al-
guna del prelado que haya podido satisfacer á su
honra y dignidad; agotados que le han sido ya todos
los recursos para obtener del prelado al menos la re-
paración moral, que no ha obtenido sin duda porque
S. E. I. ha dado muy equivocadamente distinta in-
terpretación á sus reiteradas súplicas é instancias,
y dudando que aun decida cosa alguna, á pesar de ha-
ber dicho á V. E. I. con fecha 24 del presente, que
solo lo que resta de mí celebrará el Santo Sacrificio
de la Misa, y que después no puede menos de vindicar-
se del modo que pueda, porque todo lo desprecia
por la honradez que ha heredado de sus padres.

Rvmo. Sr.: Hoy ha cesado ya el exponente de ce-
lebrar, por una admonición, que por más que de de-
recho está dentro y conforme con la disciplina ecle-
siástica, carece de toda virtud y autoridad moral, por
haber dado lugar á ella el prelado, al menos con su
aparente y glacial indiferencia.

No obstante, ha creído todavía un deber el ex-
ponente ponerlo en conocimiento de V. E. R., supli-
cándole, como último recurso, y por si acaso quisiera
hacer la más grande obra de caridad, aconsejar al
prelado obre con brevedad y aparte al exponente de
la más espantosa desesperación.—Dios, etc.

16.º La misma carta certificada al obispo.

17.º Carta de 3 de Abril al P. Gabino, suplicán-
dole no se ocupara ya en la cuestión, porque el recur-
rente la tenía terminada, y porque estaba convencido
de que los buenos deseos de dicho padre «se estrella-
rán siempre contra un corazón de roca.»

18.º Muy respetable padre Gabino.—Madrid 5 de
Abril de 1886.—Esta mañana he tenido la honra de
recibir su carta de esta fecha, y me es muy sensible
decir á usted que, delicado como estoy de los sufri-
mientos tan largos que há tiempo sabe usted me han
proporcionado, no me encuentro con disposición de
ánimo, ni mi dignidad me permite ocuparme de tan
enojoso asunto, que siendo de la menor importancia,
tenía la más fácil, buena y justa resolución, y el or-
gullo y soberbia dominante de los que debieran dar
buen ejemplo, lo han conducido á lo sumo.—Si el
asunto es de cosas de usted, puede decirme, para
con la mejor voluntad ponerme á sus órdenes, como
siempre lo ha hecho su más agradecido servidor que
besa su mano, presbítero.

19.º Tarjeta fechada en 7 de Marzo, dirigida al
P. Gabino, diciéndole,

«Y le suplica, puesto que usted es el confesor del
obispo, le aconseje resuelva sin pérdida de tiempo
mi asunto en justicia, y que no dude que, de lo con-
trario, su malicia, soberbia y temeridad dará lugar á
lo que su ciego engreimiento no cree ni ve...»

20.º Muy respetable padre Gabino.—Madrid 8 de
Abril de 1886.—He tenido el gusto de recibir hoy su
carta de esta fecha, y le agradezco muy de veras los
buenos consejos que me dá.

Si á V. padre, le ofendieron tan gravemente, le
digeron las causas, y V. se justificó; pero á mí se me
trata como á un perro, á puntapiés, sin más razones
que *plus valet*.

Ya sabe V. que he aceptado y acepto la Misa que
me ofrece; pero esto no puede ser hasta tanto no se
me dé un salvo-conducto ó una reparación tan cum-
plida como grande ha sido la ofensa.

Sabe V. mi modo de ser, y que si el prelado me
convenciera de que yo había faltado, no sólo le pedi-
ría perdón, sino que también besaría la tierra que
pisa.

Y para terminar este asunto, que no permite ya
más dilación, porque si yo le he dado tanta elastici-
dad, ha sido para justificar en todo tiempo la buena fé
que me ha animado;

Suplico á V. se digne contestarme en el día de hoy
si he de obtener la reparación que tantas veces, en
justicia, tengo pedida.—Su siempre agradecido ser-
vidor y capellan Q. B. S. M.—(Firma).

21.º El día 10 elevé personalmente al ministro de
Gracia y Justicia copia del escrito, que mandó al se-
ñor Nuncio con la adición siguiente:

Excelentísimo señor: El exponente ha creído toda-
via conveniente dar conocimiento á V. E. del prece-
dente escrito para que, enterado de su situación, vea
en la necesidad que se encuentra de vindicar su hon-
ra y dignidad, puesto que la tenacidad del prelado le
obliga á obrar contra sus ideas y sentimientos. Dios
guarde, etc.—(Firma).

22.º Muy respetable prelado.—Madrid 12 de Abril
de 1886.—No habiéndose resuelto todavía mis ins-
tancias y reclamaciones, me es muy sensible poner
en conocimiento de V. E. I. que, no pudiendo ya mi
crítica situación sufrir los perjuicios que me han oca-
sionado, se hace indispensable que la reparación sea
plenamente moral y material.

Señor: ya que me he visto obligado á volver á mo-
lestar la atención de V. E. I., aprovecho esta oca-
sion para reiterarle mis súplicas é instancias para que
sin pérdida de tiempo, en justicia, me aparte de la
más horrorosa situación.—Su humilde súbdito pre-
sbítero.—(Firma).

23.º (Certificada).—Muy respetable prelado.—
Madrid 13 de Abril de 1886.

Las fuerzas de las circunstancias me hacen certi-
ficar esta carta y molestar á V. E. I. para decirle que
le juro por la gloria de mi madre, que aunque mucho
he ganado, me avergüenzo de haber dado tanta tré-
gua á una cuestión que tanto afecta á mi honra. Rei-
tero mis súplicas é instancias—pasadas que sean
veinticuatro horas sin haberse resuelto mi cuestión,
por lo menos en las condiciones que abajo expreso,
me doy por contestado—premedite V. E. I. y no dude
que, no siendo así, me entrega la credencial de mi
pérdida y desolación de mi familia.

Caso de que V. E. I. se digne dar resolución en el
tiempo marcado, ha de ser lo menos en la forma si-
guiente:

Un cargo ó destino, sea ó no de nombramiento
de V. E. I.; pero tan seguro, que sólo dependa del
cumplimiento de mi deber, y que me proporcione lo
menos 18 reales y 56 duros de perjuicios materiales,
que podrá pagar el presbítero Sr. Vizcaino ó el que
V. E. I. disponga.

Queda entretanto á las órdenes de V. E. I. su hu-
milde súbdito y presbítero, (Firma).

24.º He llevado hoy 16 de Abril personalmente
una tarjeta al P. Gabino, diciéndole lo que sigue:

«Saluda al respetable P. Gabino, Cayetano Galeote
Cotilla, y le suplica aconseje al prelado obre sin pér-
dida de tiempo como Dios manda.»

Después, á los dos días, la sangrienta tra-
gedia de la iglesia de San Isidro.

NUESTRA OPINION

Compadezcamos á los dos: al obispo y al clé-
rigo. La desgracia y la muerte tienen fueros
iguales.

Nos creeríamos deshonrados á nuestros pro-
pios ojos, si arrojásemos una palabra equívoca
sobre la víctima, tanto como si hiciéramos una
apreciación que pudiera agravar la triste suerte
del criminal.

Ante una tumba abierta, y otra que puede
abrirse, enmudecemos. Juzgar hoy al obispo,
sería indigno; atacar al asesino, infame.

Cuando el tiempo pase y la justicia pronuncie
su fallo, entonces hablaremos; entonces, que no
pueden nuestros juicios servir de heraldos al
verdugo.

Hoy nos limitamos á protestar contra esos pe-
riódicos que, anticipándose á los Tribunales, de-
jan caer sobre la frente de ese desventurado clé-
rigo frases candentes de ira.

¿Que ha sido un gran criminal? ¿Quién lo nie-
ga, ni quién pide que no se le castigue? Nadie
impetra clemencia para él; todos desean que se
haga justicia.

Pero justicia en el alto y recto sentido de la
palabra; no en el que le dan los que juzgan de
los crímenes con arreglo á su conveniencia, á
sus pasiones, ó á la posición social de las víc-
timas.

Justicia serena, majestuosa, que se eleve so-
bre la brutalidad del hecho, para estudiar los
móviles, las causas, las fatalidades; y que apli-
que la ley sin prejuicios, sin rencores.

Esa justicia para la cual no siempre la vícti-
ma es impecable, ni siempre es infame el crimi-
nal; que no se venga, sino que castiga; que im-
pone la pena, pero no escupe al reo.

Esa justicia es la que todos deseamos que se
haga; sin debilidades, sin contemplaciones; pe-
ro esa y no otra. Que la opinion diga el día que
se dicte la sentencia: «no merecía menos el cri-
minal.»

En honor de la verdad, debemos decir que no
todos los periódicos han dado pruebas de ensa-
ñamiento tan cruel contra el asesino. Muchos
han emitido juicios imparciales, y á continua-
ción de este artículo, irán los de algunos.

Calma y serenidad. Llórese al muerto, pero
compadézcase al matador. Se alaba al primero
porque perdonó al segundo, y sin embargo, se
trabaja contra este con saña furiosa, lo cual es
un contrasentido.

No parece sino que se teme que los tribunales
pequen de blandos con el asesino, y por esto
se trata de echarles anticipadamente encima el
peso de la opinion. Insulto grave á la magistra-
tura, y prevision espantosa.

Por nuestra parte, ya lo hemos dicho: ni una
palabra que pueda ofender la memoria del señor
Martínez Izquierdo, ni influir en la suerte del
cura Galeote, hasta que el fallo de los Tribuna-
les nos sea conocido. Y cuidado que podíamos,
como ningún otro periódico, sacar del sangrien-
to y lamentable suceso, argumentos irrefutables
en favor de la campaña que sostenemos.

Mas no haya miedo de que lo hagamos hoy.
Nos respetamos lo bastante para explotar cir-
cunstancias terribles en pro de nuestras ideas,
como lo vienen haciendo otros en pro de las su-
yas desde la misma hora que se cometió el
crimen.

LA DE VARIOS PERIÓDICOS

El Globo, hablando del Sr. Martínez Izquierdo:

«Senador en las primeras Cámaras de la restaura-
ción, vino á luchar por la unidad católica en contra
de la famosa base *oncená*, y cumplido su deber vol-
vió tras rápida é inútil campaña á su diócesis sal-
mantina. De allí le sacaron para traerle de nuevo al
Senado las elecciones de 1881.

Recientes están todavía en la memoria del público
sus oraciones pronunciadas con motivo del debate se-
bre enseñanza y de los sucesos ocurridos en Roma
el 13 de Julio del referido año, así como el recuerdo
de la intransigente actitud en que se colocó al discuti-
rse en las secciones el proyecto de ley de matrimo-
nio civil, oponiendo su veto y retirándose en compa-
ña del arzobispo de Santiago.

Raro contraste que se presta á ingratas considera-
ciones. El señor Martínez Izquierdo, que en la sesión
del 28 de 1881, si bien condenando la tolerancia reli-
giosa, se había resuelto á acatarla por respeto á las
leyes; el que recordaba con amor, refiriéndose á la
Universidad de Salamanca, la completa independen-
cia de este insigne estudio mayor, denominado por el
rey Sabio *ayuntamiento de maestros é discípulos*, decía
en la tarde del 24 de Noviembre, momentos antes de
retirarse de las secciones: «La ley del matrimonio ci-
vil es una ley perturbadora que nos lanza al camino
de la lucha. De plantearse, desde el púlpito, desde el
confesonario, en nuestras conferencias privadas, la
condenaremos sin respeto á la autoridad civil. Lo ad-
vertimos á tiempo.»

Tal fué la declaración de guerra, lanzada en nom-
bre de los obispos españoles por boca de quien, hasta
entonces, había dado muestras de prudente y tole-
rante.

A contar de aquella fecha no se volvió á hablar del
señor Martínez Izquierdo, salvo en lo tocante al cen-
tenario de Santa Teresa, hasta su nombramiento para
la nueva diócesis de Madrid, de la cual se posesionó
solemnemente el 2 de Agosto de 1885.

Durante los nueve meses de su gobierno episcopal
ha procedido con inflexible entereza y traido á obe-
diencia no pocos miembros del clero de esta corte, en
quienes estaban harto borrosas las ideas de disciplina
y sujeción inmediata.

Pero, es posible que haya extremado el rigor y las
medidas enérgicas, á juzgar por el disgusto más ó mé-
nos disimulado que experimentaban (según de públi-
co se decía), no sólo los frágiles, sino también algu-
nos buenos sacerdotes.»

El Progreso, que fué el primero en publicar
las cartas del presbítero Galeote:

«Algunos periódicos han exajerado el alcance del
suceso; uno hay, que esta mañana dice, que la histo-
ria no registra ningún suceso cuya gravedad pueda
compararse con la del de ayer.

Esto, cuando la tan manoseada vindieta pública
no ha alcanzado todavía á los autores de ese horrible
y espantable crimen de la calle de Monteleón.

Las pasiones más monstruosas, el incesto más in-
comprensible, la complicidad más inexplicable de una
madre, el cadáver frío y despedazado de una infeliz
niña... Todo esto es nada para los que subordinan
la idea de la justicia á la consideración de las gerar-
quías sociales.

Grave, gravísimo es el crimen de ayer. Un sacerdote que atenta alevosamente contra la vida de otro sacerdote; el templo preparado para la fiesta y manchado por la sangre; la multitud que se agolpa violentamente impresionada; un loco que no vuelve atrás la cabeza sino para reincidir en la expresión de sus intenciones criminales...

En un país tan «profundamente» católico como éste, el suceso es realmente de una trascendencia abrumadora.

Para el pensador frío y severo, para el hombre justiciero y reflexivo, el crimen de ayer, no es ni más ni menos abominable que el crimen del domingo anterior, ó el de los otros domingos... no lo es tanto como el horrendo de la calle de Monteleón.

Ese obispo que agoniza, apena el ánimo; ese hombre que tendido en miserable cama de hierro, se apercebe al eterno viaje con cristiana resignación, entristece y admira.

Pero ¡por Dios! no nos dejemos impresionar por la gerarquía que en la Iglesia ocupa y que en la sociedad representa. Sacerdote es el asesino, y quizá es más de considerar este sagrado carácter en el que hierde, que en el que cae herido...

La justicia se dispone á proceder con energía. ¡Bien por los que tienen de sus conciudadanos la grave y trascendental misión de administrar la justicia! ¡Ojalá se inspiren todos en el ejemplo que en los actuales momentos están dándole los más altos dignatarios del orden judicial!

La República:

«Para muchos que se precian de demócratas y aun de libre-pensadores, el crimen es menos crimen, cuando la víctima es un padre de familia oscuro, un trabajador desvalido, ó una criatura desamparada, que cuando lo es un magnate, un personaje poderoso, un alto dignatario de la Iglesia.

¡Oh! no. Admitamos la igualdad siquiera ante la muerte, que en efecto, á todos nos iguala.»

«Pero si de veras compadecemos al obispo de la diócesis Madrid-Alcalá; si condenamos el acto del presbítero Galeote, á quien de veras compadecemos también,—¡quizás es más digno de compasión que su víctima!—ni podemos aceptar que el suceso sea inaudito, ni hay forma de probar, como por algunos se pretende, que el hecho sumió á Madrid en profundísimo desconcielo.»

«Enemigos declarados de toda hipocresía, no comprendemos á qué pueden conducir tales exageraciones. Que el acontecimiento impresionó, es muy exacto; que la noticia cundió con la rapidez de un rayo y se extendió por todo Madrid, es exacto también: impresionó como cualquier acontecimiento de índole análoga impresionó; cundió como cunden las noticias hechas que se salen de lo usual y de lo ordinario.

Pero que la afición fuese general; que el desconcielo fuese unánime, no es cierto, ni podía serlo, ni había por qué lo fuese. De que no es cierto, pudo convencerse quien asistiera por la tarde al concierto en el circo de Rivas, y por la noche al beneficio de Mario ó á los teatros de Novedades, Variedades, Zarzuela, Comedia, Lara, Eslava, etc., que estaban todos completamente llenos de gente, que se divertía y aplaudía á los actores, y celebraba los chistes con espontáneas y ruidosas carcajadas.»

«Nosotros hemos visto en el atentado del domingo un asesinato cometido por un sacerdote contra otro sacerdote, superior del primero. Hemos prescindido de esta circunstancia, y no la hemos aprovechado en favor de nuestras tendencias; porque para nosotros, en este caso, como en todos los análogos, el crimen está en el asesinato. Nosotros podríamos haber dicho: mirad; la continencia forzosa es el estancamiento y la pantanosa podredumbre de las pasiones, que cuando rompen el dique, se convierten en vicios nauseabundos y en lubricidades espantosas características, como las de mil ejemplos que se refieren del clero; mirad: el aislamiento del corazón hace del hombre un montón de hielo, que se manifiesta en la codicia; mirad: el fanatismo ciega á los hombres, hasta trocarlos en fieras salvajes; mirad: el principio de autoridad y su consecuencia, la obediencia pasiva, son las que engendran la hipocresía, pervierten, tuercen y corrompen las más puras fuentes del bien y conducen, áun á las personas ilustradas, á las violencias, á los crímenes más horribles, con la premeditación, con la alevosía, con el cálculo propio de los más empedernidos y desalmados; mirad: la continencia á que obliga, ya que no otra cosa, el espionaje continuo, produce la locura, el *delirium tremens* de la concupiscencia; el aislamiento, la locura del avariento; el fanatismo, la locura del exterminio y de la sangre; la obediencia pasiva deprimente, la locura de la más violenta y feroz rebeldía.

Nada de esto hemos dicho, ¿y aún se nos censura?

Podríamos haber expuesto la manera cómo está organizada en Madrid la Iglesia, sometida en todo y por todo á la voluntad del obispo; donde no hay un solo cura párroco, siendo todos los encargados de las parroquias ecónomos, por lo cual el obispo cobra la mayor parte de los derechos que correspondían á los párrocos, é impone más á su placer su voluntad, siendo los obispos ó sus camarillas dueños absolutos. Tampoco hemos dicho nada de esto. Por no decir, no hemos dicho siquiera una palabra sobre la desmoralización que trabaja al clero de Madrid, según afirma un periódico católico.»

El Tribuno:

«Caiga todo el rigor de la ley sobre la cabeza de

ese criminal, que ha descerrajado tres balazos á un príncipe de la Iglesia, indefenso, y venerable por su alta tonsura y su pacífica condición.

¡Apure sus anatemas la Iglesia ofendida; aplíquese al cura Galeote todo el peso del Código! Está bien: lo merece; es un asesino, y basta.

Pero ¡qué decís de esas cartas, Mentores de la opinión? ¿Que Galeote estaba loco?

Pues nosotros creemos que ese fanático estaba cuerdo; rogó, suplicó, mendigó una reparación á su honra; invocó el nombre para él bendito, de su anciano padre; hizo antepasados; multiplicó sus memoriales; buscó el corazón á los poderosos; tenía hambre de pan; sentía sed de justicia.

El era sordo; pero más sordos que él, y más duros que su pena, eran los que despreciaban sus mentsajes... ¡mal escritos, decís! ¡poco gramaticales! ¡Bah! No pongáis tal censura, aquí donde hay ministros que no saben gramática castellana y pasan por grandes oradores en el Parlamento! ¡Retirad ese argumento, aduladores del Exito!

El crimen, crimen es; el atentado ha sido horrible; la Santa Iglesia y la veneranda sociedad han sido profanadas; pero no incurrais en la vulgar necedad de preguntar si el cura Galeote pertenecería ó no á alguna asociación secreta!

Las cartas del cura Galeote no hablan de tales manejos; son las entregas de una novela sangrienta, que el autor dice que comienza por un despojo, y que acaba por un asesinato.

¿Y sabéis vosotros, cortesanos halagados del poder y la fortuna; sabéis cómo palpita el corazón de un hambriento de justicia, de un sediento de humanidad, de un mendigo de clemencia?

En esas cartas se descubre una peregrinación africana; se vé un camino claro, un derrotero llano y seguro por el camino del bien, al de la perdición; el postulante llama á todas las puertas, á las de los palacios del santo prelado, del Nuncio apostólico, del ministro de la corona, del rector del templo de donde le arrojaran sin orle, y donde consumaba el sacrificio de la misa; llama también al confesorio, pide generosa intercesión al sabio consejero espiritual de su pastor; le besa á éste los pies... hasta entonces, su mente está sana, su corazón no contiene ponzoña; sus ideas no tienen un velo sangriento y horrible.

Pero él, como tantos otros proscripios de la sociedad, cuyos dolores no sabeis sentir los doctrinarios, los apóstoles de todo lo superficial y rutinario, que á todas partes lográis fácil acceso, y os haceis escuchar de los grandes y de los poderosos; él, decimos, llega á ofuscarse; y de un pordiosero de gracia, de un pretendiente de humanos favores, se convierte en monstruo de maldad; y porque sabe que los rayos siempre caen sobre las eminencias, descarga su revólver, ¿en quién?, en quien sin duda estaba más inocente: en el virtuoso, en el sabio, en el angelical prelado de esta nueva sede.

Por consiguiente, anatematizadlo, jueces de la prensa; condenad como nosotros condenamos su obra sangrienta y abominable; pedid hasta la última pena para su villanía; está bien; pero no digáis que las cartas á que nos referimos son lucubraciones de un demente.

¡No! En esas cartas no hay un criminal; el criminal, el asesino, se formó después: su amargura se volvió sangre; pero en las cartas, lo que es en sus cartas ¿qué hay? pues hay... un *cesante* como los demás *cesantes* de España, donde la vida se hace imposible para los más, y plácida y holgada y hermosa para los menos.

Los poderosos, los que suben, los que medran válidos del apoyo de los humildes, deben mirar desde hoy con terror, con siniestro recelo al átrio ensangrentado de la catedral.»

La Fé, hablando de que el cura Galeote se le había presentado hace días quejándose de la injusticia con que se le trataba, dice:

«Mientras hablaba, lloraba y reía á la vez, repitiendo á cada paso que él era muy honrado, y que el señor Obispo tenía que darle un certificado de buena conducta para probar así que al despedirle el rector de la capilla del Cristo de la Salud había procedido de ligero.

Ingenuamente declaramos aquí, como lo declaramos ante el Juzgado, que nuestro primer sentimiento de repugnancia se trocó en sentimiento de compasión.

Al ver á un sacerdote vestido de seglar, sin alzacuello y con barba corrida, quejarse de que su Prelado no le amparaba debidamente contra el rector de una capilla, creíamos estar enfrente de uno de esos pocos desdichados sacerdotes que desahogan en los malos periódicos la rabia que sienten hacia las autoridades eclesiásticas que les amonestan y castigan. Después modificamos nuestro juicio, y procuramos calmar al sacerdote, que nos hablaba con vehemencia, que nos parecía reveladora de monomanía caracterizada. Dijimosle, que ya hablaríamos del asunto con algunos sacerdotes dignísimos de los que cita en sus cartas, y á quien también citó de palabra, y logramos que diera por terminada su visita.»

El *Siglo Futuro* atribuye la causa principal del atentado cometido por Galeote á las corrientes liberales de esta época, y *El Globo* le contesta en estos términos:

«Con serenidad y guardando al par que la sangre fría las buenas formas, vamos á demostrar cómo la prensa revolucionaria se halla exenta de culpa.

La obra de que la acusa, de que nos acusa *El Siglo Futuro*, estaba ya hecha, de bastante tiempo acá, por algunos correligionarios del colega.

Por aquellos que empezando á mal decir del señor Martínez Izquierdo, con ocasión de las exequias de doña Mercedes, apresaron en la solapada maledicencia, cuando tras las exequias de D. Alfonso fué conocida la declaración de los treinta obispos que asistieron al acto.

Por aquellos que en la polémica sostenida entre la *Tesis* y el prelado de Salamanca, se pusieron al lado del periódico, preparando así los caminos al obispo, para el caso de que éste volviese á ejercer jurisdicción en la diócesis madrileña.

Por aquellos que tantos y tan hondos disgustos ocasionaron al inolvidable señor Urquiza.

Por aquellos que fomentaron en varias provincias suscripciones de cierto género, contra la voluntad expresa de los respectivos ordinarios.

Por aquellos que fueron á contar á los periódicos revolucionarios tantas y tantas cosas de los Sres. Payá y Monescillo.

Por aquellos, en fin, que con su extraordinaria conducta llegaron á no acatar de veras sino á tres ó cuatro obispos entre todos los de España.»

Conformes de todo en todo con el colega posibilista.

Copiamos de *El Resumen*:

«Miente de una manera indigna *El Siglo Futuro* en cuantas cosas dice anoche con el dañoso é infame propósito de establecer solidaridad entre el asesino del obispo de Madrid y un CLÉRIGO DE ESTA CORTE que escribe en nuestro periódico.

Miente al decir que la opinión del vecindario señaló desde los primeros momentos como autor del crimen al colaborador religioso de *El Resumen*.

Miente al decir que éste venía dirigiendo toda suerte de ataques contra Su Ilustrísima.

Miente al decir que está arraigada la creencia de que el cura Galeote y el autor de los artículos de *El Resumen* son una misma persona.

Miente, en fin, desde la primera á la última palabra, en cuantas escribe anoche sobre este asunto.

Hoy mismo llevaríamos á *El Siglo Futuro* ante los tribunales de justicia, para hacerle recoger allí sus infamias, si áun eso no nos pareciera honrar demasiado á espíritus tan miserables como los que las han vertido.

Y ahora pedimos perdón á nuestros lectores, por el uso de este lenguaje que jamás habían oído en nosotros.

Tengan en cuenta que nos dirigimos á *El Siglo Futuro*»

Siempre que la dignidad herida habla, emplea este viril y gráfico lenguaje.

EL INCANSABLE

Si el conde de Xiquena aspira á eclipsar las glorias de Corbalán y Villaverde superándoles en celo bufo y actividad de ardilla, cerca está de conseguir su objeto.

No pasa día sin que la prensa ministerial relate algún suceso, en el cual se pongan de relieve la sagacidad ó la energía del nuevo salvador de la sociedad y angel custodio de la coronada villa.

Son innumerables ya las terribles asociaciones de bandidos que ha descubierto y aniquilado, las falsificaciones que ha sorprendido y los planes revolucionarios que ha hecho fracasar, y todo esto en menos de cinco meses.

El domingo, sin ir más lejos, cuando el pueblo de Madrid, preocupado con el asesinato del obispo, olvidaba su propia seguridad comprometida, el gobernador, que está en todo y en todas partes, lo salvaba una vez más de los horrores de la anarquía, mandando quitar su maldecido emblema, el gorro frigio, de encima de la caja donde se encerraba el cadáver del señor Berenguer, honrado patriota y consecuente republicano. ¿No es este el colmo de la prevision y de la energía, para evitar el desarrollo de las ideas demagógicas?

Se comprende que aun cuando los emblemas en los féretros estén prohibidos, se permitan en el entierro del abonado á una sacramental ó del miembro de una cofradía, pues despiertan en los espectadores el sentimiento religioso; pero según el ilustre gobernador de Madrid, no debe tolerarse que el gorro frigio, que él persigue en sótanos y guardillas, se exhiba por las calles sobre la caja de un muerto, indicando que éste fué en vida republicano y siendo, por tanto, á los ojos del señor conde, instrumento de propaganda pernicioso.

Al lado de estas ridiculeces, las cacerías de temibles rapaces vendedores de periódicos ordenadas por Villaverdes y Corbalanes, resultan serias y trascendentales medidas de gobierno.

Aquéllos, para combatir á la prensa, se encarnizaban con mujeres y chiquillos, pero el conde de Xiquena vá más allá; para combatir á los republicanos, se ensaña con el gorro frigio.

Desde que le da tanto que hacer denunciando depósitos de bayonetas roñosas y cartuchos vacíos, es verdadero horror el que le tiene. Pero inútilmente lo persi gue; más tarde ó más temprano, él y los suyos tendrán que aguantar ese gorro.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

La verdad empieza por fin á abrirse paso, y los miserables y los estúpidos que venían calificando de dañosa la campaña de EL MOTIN, se ven hoy obligados á reconocer que el clero necesita un freno poderoso que le detenga en el camino de perdición que recorre.

Si los prelados, en vez de lanzar excomuniones contra EL MOTIN, se apresuraran á corregir á los presbíteros que por sus columnas desfilan, otra sería la conducta de algunos.

Con motivo del drama sangriento de San Isidro, algunos periódicos han puesto de manifiesto la llaga que corroee el cuerpo clerical, y á fé que sus relatos exceden á los que venimos haciendo de seis años á esta parte.

Y en prueba de ello, véase lo que dice *El Herald*, periódico monárquico y de un liberalismo asaz pequeño:

«Al hacerse cargo el ilustre prelado Sr. Martínez Izquierdo de la diócesis de Madrid-Alcalá, encontró al clero en la anarquía más grande que se pudiera pensar. El servicio parroquial, defectuosísimo y encubriendo verdaderos escándalos de inmoralidad y de impudencia; los curas señalándose por sus excesos en todas partes, amparados en la licencia é indisciplina en que se les tenía, razón por lo que los presbíteros calaveras de toda España, acudían á Madrid, donde se avecindaban. Se sabía de muchos que decían tres ó cuatro misas al día, dándose el caso de algunos seglares que también lo han hecho.

No era esto solo; las asociaciones religiosas que habían brotado con fecundidad desastrosa para Madrid, al calor de este libertinaje en que vivía el clero, traían en explotación al pueblo católico, dominando sobre familias de la aristocracia y de la clase media, muy poderosas é influyentes.

El clero, en fin, de lo que es hoy la diócesis de Madrid-Alcalá, vivía en el desenfreno, y casi todas esas asociaciones que recogían el dinero del fanático y la herencia de la beata para hacer balas y trabucos y gozar de perenne orgía, hacían de la religión el más repugnante comercio.

Pues bien; en este estado de disolución moral y de anarquía, vino á gobernar la diócesis el virtuoso obispo que ha espirado el lunes, y sabido de todos es el rigor que desde el primer día empezó á desplegar contra el clero disoluto y contra las asociaciones, obligando á todo el mundo á recogimiento y disciplina.

Como eran más los malos que los buenos, se vió en la necesidad de imponer severos correctivos, y el clero y las asociaciones le declararon por lo mismo sorda guerra; los unos por el castigo, los otros porque se les gobernaba y porque se les cerraba el comercio ilícito de la religión y se penaban severamente sus liviandades.

Fíjese el público; fíjense los tribunales bien en estos antecedentes, que mucha luz, á lo que entendemos, puede sacarse de ellos.

Lo demás... Siempre hay un fanático; siempre hay un loco que convertir en instrumento para matar á un reformador; para vengarse del que arroja á latigazos del templo á los mercaderes.»

Después de leer estos renglones, y de haber visto que *La Epoca*, con otros varios periódicos, cree que la disciplina eclesiástica está relajada y que urge poner enérgico remedio, reanudo hoy con más convicción y tranquilidad que nunca, mi moralizadora y tan mal comprendida tarea.

Aun cuando ya toqué ligeramente este punto el domingo, voy á copiar la carta que me dirige un ilustradísimo y distinguido literato:

«Sr. D. etc. Mi estimado amigo: Corto de *La Correspondencia* de hoy 15, el suelto adjunto:

«Dice un periódico de Valencia que el cabildo eclesiástico de aquella catedral está en tratos para vender por la importante suma de 52.000 duros una alhaja de gran mérito artístico.

La alhaja es un trabajo de cincelado de extraordinario mérito, por llevar la firma de Benvenuto Cellini, notabilísimo artista del siglo XVI, y el comprador es un gran capitalista extranjero.»

No lo comento yo por falta de tiempo para escribir un artículo, por lo cual ruego á V. que lo haga; pero pregunto:

«¿Quién es el cabildo de la catedral de Valencia, ni ningún cabildo del mundo para vender las alhajas de los templos? ¿De qué provienen tales alhajas? De donaciones de pueblos, corporaciones, reyes y particulares; donaciones hechas para el servicio y decoro de las iglesias, no para que los canónigos las vendan y se echen el dinero de la venta en el bolsillo, como quien ensena una finca de su legítima propiedad.

Significando la conducta del cabildo de Valencia, los canónigos de Sevilla y Toledo pueden sacar á pública subasta los cuadros, esculturas y alhajas de sus respectivas catedrales, convirtiéndose de depositarios en propietarios de semejantes riquezas; lo cual es tan

absurdo como si los concejales de un Ayuntamiento vendiesen cuanto contiene el edificio y se guardaran el producto de la venta.

Y *La Correspondencia* da la noticia con la mayor frescura, sin comentario, como si se tratase de la cosa más legítima y natural del mundo. No necesitan los canónigos de semejante estímulo de impunidad para hacer de las suyas. En Sevilla, un hijo de Cristóbal Colón dejó la biblioteca Colombina para instrucción del pueblo, nombrando por custodio y depositario de ella al cabildo catedral, y los señores canónigos han dado en la gracia de figurarse que es suya, pues hasta la llaman biblioteca del cabildo. Y da la casualidad que de ella han desaparecido manuscritos y obras de mérito.

En fin, esta gente es capaz de todo, y conviene armar polvareda y atajarles los impetus. Si los dejaran, acabarían por vendernos á todos como negros de Guinea.

Suyo afectísimo amigo, etc.

Estoy tan de acuerdo con las anteriores líneas, que solo se me ocurre comentarlas de este modo:

Mientras todos los liberales no pensemos como el autor de ellas, aquí no podrá consolidarse nada, porque todo cuanto hagamos se resentirá del pecado original, que consiste en informar leyes y costumbres en el espíritu católico, debiendo hacerlo en el científico y el económico.

Miguelito, *parroceldeco* de Torrejón de Ardoz:

Había pensado no ocuparme ya de tu persona, por la gracia que me hizo el *limo* que le largaste al padre Joaquín birlándole la moza que el pobre se había llevado de Madrid, para emplearla en su servicio y regalo; mas son tantas las quejas que de tí recibo, que no puedo por menos de quebrantar mi propósito, antes de que el público me tache de parcial y apasionado.

No te hablaré de la prisa que te diste á relevar á la ex-prometida del padre Joaquín, dando con esto muestras de inconstante; ni de si te ha pueno alguien el apodo de saco-roto, por sospechar que no guardas fielmente los secretos pecaminosos que se te confían; ni de si entras en la población caballero en un potro á todo escape, sin cuidarte de si puedes atropellar ó no á los transeúntes, como ya te ocurrió con una infeliz anciana. No; de nada de eso voy á hablarte, porque pudiera haber en ello exageración ó falsedad.

Lo que censuraré en tí hoy, por constarme su certeza, es el empeño que manifiestas en que los profesores de instrucción pública lleven *sus escuelas* á misa (te advierto, entre paréntesis, que esta locución es impropia y lo que expresa irrealizable), dejándote decir en el casino (al cual, entre paréntesis también, no deberías concurrir), que si no te obedecía el maestro, aconsejarías desde el púlpito á los padres de los niños que quitasen á éstos de la escuela, por ser protestante aquel.

Ruégo que desistas de hacerlo, entre varias razones, porque ni tienes derecho á obligarle á llevar los niños á la iglesia, pues esto debe ser cuidado de los padres, ni es cierto que el maestro sea lo que tú dices, sino un hombre honrado que se limita á cumplir estrictamente con su deber.

Déjate, por lo tanto, de tonterías, mira que si no vamos á tener muchos disgustos; mejor dicho, vas á recibirlos tú.

Llega á Barajas un vendedor de Biblias, lo *guiya* el cura Zambrano, se enfurece, lo denuesta, y ordena al alcalde que lo zampe en el *estabil*.

Como hay autoridades que no saben su obligación, el *clerimico* fué obedecido, si bien luego, y por consejo de personas sensatas é imparciales, se puso en libertad al preso.

Con este motivo, suscitóse después en la plaza un debate acerca de las penas que sufren algunos por atacar al clero, y el ciudadano de las faldas aseguró que el director de EL MOTIN estaba en presidio por diez años, y que él, que lo conocía, le había visto enjaulado.

Tan verdad es eso, como que él facilita á los colonos y proveedores de la finca de Fernán Núñez, de la cual es administrador, recibos de las cantidades ó de los productos que le entregan.

Si quiere convencerse de que ha faltado á la verdad á sabiendas, pásese un día por esta redacción, de doce á dos, á tomar café puro y neto, (única cosa que aquí damos, á menos que los visitantes se empeñen en recibir un disgusto de cuello vuelto, en cuyo caso procuramos también complacerles.)

Y verá, no sólo al director, sino á todos los que redactamos EL MOTIN, *libres, felices é independientes*, amen del amigo Macipe, el dibujante, que está ahora pintando un par de trasparen-

tes católicos que parten los corazones; y acaso, acaso tropiece también con alguna cara que no le sea completamente desconocida.

Venga sin miedo, que ni aquí nos comemos los niños crudos, ni estamos tan mal con nuestra piel que nos espongamos voluntariamente á perderla por *tragelar* carne de cura, sabiendo que tiene *trichina*.

El 17 del actual encargó un aficionado una misa de parida en la iglesia de San Sebastian, *cicatrizando* cinco pesetas por adelantado, y fijando la hora de las once y media para celebrarla en la capilla de la Misericordia.

Acudió el interesado á las doce menos diez y siete, y encontré con que ya la habían despachado, oyéndola, ó viéndola otra señora que también parece había abonado sus cinco pesetas.

Las reclamaciones que hasta ahora ha hecho para que le devuelvan los reales que adelantó, han sido infructuosas, mas yo confío en que se deshará el error, pues solo á error puedo atribuir el cobrar á dos una misma misa, por más que he oído decir que de estos casos están llenas las historias.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

El poder temporal de los papas en el siglo XIX, por D. Nicolás Díaz Pérez, autor de *José Mazzini* y del *Movimiento religioso en Europa y América*. obras exculgadas por varios obispos é incluidas en el Índice expurgatorio.

Precio dos pesetas. Calle de la Manzana, núm. 21, Madrid.

Copiaremos algo de esta obra llena de erudición, de sana doctrina, y de la cual se sacan provechosas enseñanzas.

Narraciones históricas, escritas para los niños, por Manuel Rodríguez Navas, autor de veinte obras de primera enseñanza. Edad Antigua. Madrid, Saturnino Calleja, calle de Noblejas, núm. 3. Un tomo elegantemente encuadernado.

El Materialismo y El Espiritismo, diálogos por Manuel González Soriano, dos tomos. Precio 16 reales. Véndese la obra en casa de la viuda del autor, calle de La Valenciana, núm. 2, Andújar.

Aún cuando ajenos á las ideas del autor, reconocemos de buen grado que es la obra de un hombre de talento, y que sirve para la propaganda espiritista.

La acreditada librería de Escribano y Echevarría (plaza del Angel, 12) acaba de poner á la venta la 2.^a edición corregida y aumentada, de la notable obra del señor González Serrano, catedrático del Instituto de San Isidro, titulada *La sabiduría popular*.

Como ya ha sido juzgada, nos limitamos á decir que es digna de los elogios que se le han tributado.

ADVERTENCIA

El día 9 se puso á la venta la nueva y numerosa edición que hemos hecho de la célebre y popular obra *La Religión al alcance de todos*.

Va en un solo tomo para hacerla más manual, y cuesta dos pesetas.

A los suscritores directos á EL MOTIN, se les rebajará, como en las demás obras de nuestra Biblioteca, el 25 por 100.

LIBRO NUEVO

DIOS ANTE EL SENTIDO COMÚN

Acaba de ponerse á la venta esta importantísima obra al precio de dos pesetas en toda España.

LIBROS EN VENTA

EL JUDIO ERRANTE, célebre obra de Eugenio Sue. Tres gruesos tomos.—Nueve pesetas.

LO QUE NO DEBE DECIRSE (cuarta edición), por José Nakens.—Precio: 2 pesetas.

LA PIQUETA por José Nakens.—Tercera edición.—Precio: Una peseta.

COMENTARIOS A LA BIBLIA (EL CITADOR), escrito en francés por Pigault-Lebrun. Versión castellana con un prólogo y la biografía del autor por A. G. M. Obra interesantísima.—Una peseta.

ACICATE DE LA ALEGRIA Colección de cuentos, epigramas y frases ingeniosas; todo escogido.—Una peseta.

ESPEJO MORAL DE CLÉRIGOS para que los malos se espanten y los buenos perseveren, ó sea recopilación extraordinariamente ampliada y corregida de los celebrados y odoríferos *Manojos de flores místicas* publicados por EL MOTIN.—Cuatro partes á peseta cada una.

AQUELLOS TIEMPOS por D. Miguel Morayta, catedrático de la Universidad Central. Obra exculgada. Dos pesetas.

MADRID.—Imp. de E. Saco y Brey, Divino Pastor, 12.